

Miedo a la oposición

Coy Roper

Pero el pueblo de la tierra intimidó al pueblo de Judá, y lo atemorizó para que no edificara. Sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia (Esdras 4.4, 5).

Mi madre solía decir a menudo, y muy acertadamente, que «todo lo que merezca hacerse, merece hacerse bien». También es acertado decir que «todo lo que merezca hacerse, tropezará con oposición». Cuente usted con ello: comience a hacer algo bueno, algo recto, y alguien se opondrá a lo que haga.

Así ha sido siempre con todo lo que se hace para Dios. Recién se había empezado a establecer la iglesia, cuando el pueblo de Dios tropezó con oposición (vea Hechos 4 y 5). El libro de Apocalipsis trata principalmente sobre la oposición de Satanás al plan de Dios y al pueblo de Dios. El Nuevo Testamento incluso nos asegura que, como cristianos que somos, seremos perseguidos por vivir una vida piadosa (2ª Timoteo 3.12), y que la persecución es una clara señal de que tenemos ante nosotros la oposición del diablo.

Los judíos también tropezaron con oposición cuando reconstruían el templo. En Esdras 3 se relata un gran comienzo: ¡ echaron los cimientos con gran júbilo! Es lógico esperar que el capítulo 4 continúe y concluya la historia. En lugar de esto, nos enteramos de que los judíos tropezaron con oposición, y que debido a esta, ¡la obra de reconstrucción del templo se paralizó quince años!

De hecho, el capítulo 4 nos habla no solo de una, ¡sino de tres ocasiones en que los judíos tropezaron con oposición! Al hacer esto nos enseña algunas lecciones que nos pueden ayudar cuando tropecemos nosotros con oposición.

Las dificultades se presentaron a pesar del buen comienzo que tuvieron los judíos al echar los cimientos del templo. Este capítulo comienza diciéndonos que «los enemigos de Judá y de Benjamín»¹ oyeron que los judíos estaban

¹ Se mencionan estas dos tribus porque ellas eran las que componían el reino sureño después de la división del reino unido en el siglo X a. C.

reconstruyendo el templo y ofrecieron su ayuda (vers.^{os} 1–2). Los que hicieron esta oferta fueron los samaritanos, que eran descendientes de los que habían sido traídos de otras tierras, al reino norteño, después que este fue llevado al exilio por los asirios (vea 2º Reyes 17.24–33). El problema con ellos era que, aunque adoraban a Jehová, incluían dioses ajenos en sus cultos.

Los dirigentes judíos respondieron rechazando la ayuda (vers.^o 3); pues no estaban dispuestos a poner en peligro su fe en Dios, y no deseaban arriesgarse a perder esta fe relacionándose con pueblos que seguían dioses ajenos.

En los versículos 4 y 5, nos encontramos con estas tristes palabras: «Pero el pueblo de la tierra intimidó al pueblo de Judá, y lo atemorizó para que no edificara. Sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia» (vers.^{os} 4–5)². En el versículo 24 se sigue dando constancia de esta oposición: «Entonces cesó la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y quedó suspendida hasta el año segundo del reinado de Darío rey de Persia».

² Los reyes de Persia durante el período que abarca el libro de Esdras fueron: Ciro (539–529 a. C.), Cambises (529–522 a. C.), Darío I (522–485 a. C.), Jerjes I (Asuero) (485–465 a. C.), Artajerjes I (465–424 a. C.). A Ciro se le menciona en Esdras 4.3, 5; a Darío, en 4.5 y 24; a Jerjes I (Asuero), en 4.6; a Artajerjes I, en 4.7. Fueron unos cincuenta años los que transcurrieron entre la primera oposición (durante el reinado de Ciro) y la segunda (al comienzo del reinado de Jerjes I, o Asuero), y tal vez fueron cuarenta años los que transcurrieron entre la segunda oposición y la tercera (durante el reinado de Artajerjes I). Los dos incidentes anotados en 4.6–23 se encuentran obviamente fuera del orden cronológico; no ocurrieron en el tiempo en que el templo se estaba reconstruyendo. Vea los comentarios de Louis Goldberg, “Ezra” («Esdras»), en *Evangelical Commentary on the Bible (Comentario evangélico de la Biblia)*, ed. Walter A. Elwell (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1989), 302–3.

Entre estos dos versículos, en los que se habla de oposición para que los judíos no reconstruyeran el templo, se encuentran referencias a dos ocasiones de oposición para que no se reconstruyeran los muros de Jerusalén. En primer lugar, leemos acerca de la oposición que se suscitó durante el reinado de Asuero o Jerjes I, tal vez cerca del 480 a. C. (vers.º 6). En el texto no hay información alguna sobre los resultados de esta acusación. Aparentemente, el autor solo la mencionó para mostrar cómo, una y otra vez, los judíos tropezaron con oposición relacionada con la misión que fueron a cumplir a su tierra natal.

En segundo lugar, en los versículos 7 al 23, nos enteramos de otra carta enviada por los pueblos de la tierra al rey persa, para oponerse al intento de los judíos por reconstruir los muros de la ciudad (vers.º 12). Esto sucedió durante el reinado de Artajerjes, tal vez cerca del 450 a. C. El argumento de ellos era que si los muros de la ciudad se reconstruían —y de este modo se volvía a fortificar la ciudad— entonces esta (junto con la nación que simbolizaba) se rebelaría, y el rey dejaría de beneficiarse con el tributo que se había acostumbrado a recibir de Jerusalén. La prueba que se dio para la anterior afirmación residía en el hecho de que la ciudad había sido rebelde en el pasado (vers.ºs 12, 15).³ En consecuencia, el rey investigó las afirmaciones de ellos, descubrió que eran ciertas y suspendió la obra en los muros (vers.ºs 21-23). Más adelante, al leer el libro de Nehemías, vemos que los judíos tuvieron éxito en reconstruir los muros. El autor vio este incidente como otro ejemplo de oposición a la obra de Dios.

¿Qué nos enseñan estas ocasiones de oposición?

LA OPOSICIÓN ES INEVITABLE

Deberíamos aprender, en primer lugar, que la obra de Dios siempre tropezará con oposición, ¡y la razón estriba precisamente en que es la obra de Dios! Satanás encontrará la manera de usar a alguien que se oponga a todo lo bueno. Jesús dio a entender claramente que los cristianos debían esperar persecución, cuando dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5.10; vea también 5.11–12; 10.16–17, 22–23, 28).

³ Esta fue una aseveración verdadera. Fue la constante rebelión de los judíos contra sus jefes supremos lo que al final hizo que los babilonios destruyeran Jerusalén.

LA OPOSICIÓN TIENE SUS CONSECUENCIAS

También necesitamos entender que la obra de Dios se puede paralizar por la oposición. En este caso, la oposición hizo que la obra de reconstrucción del templo se paralizara quince años. Todos hemos oído hablar acerca de grandes planes que se hicieron para Dios; planes a los cuales, sin embargo, más adelante se renunció. Se encuentran entre estos: el edificio de una iglesia que a pesar de ser necesario, no se construyó; el programa de enseñanza que se concibió para ayudar a la iglesia a crecer, al cual, sin embargo, se renunció; el esfuerzo que se hizo por llegar a los perdidos, el cual, al no recibir el apoyo de gente que diera de su tiempo, se abandonó.

Recuerdo cuando viví con mi familia en Weyburn, una ciudad de la provincia de Saskatchewan, Canadá, a principios de los años sesenta. A unos cien kilómetros al sur, justo al cruzar la frontera, había en Plentywood, Montana, un pequeño, pero agradable edificio, en cuyo rótulo se leía: «Iglesia de Cristo». Sin embargo, ninguna iglesia se estaba reuniendo allí. Anteriormente, una pequeña iglesia sí lo había usado para sus reuniones. Parece que alguna congregación hermana del sur les había ayudado a construir o a comprar aquel edificio. Después, algo sucedió, y la iglesia dejó de reunirse.

Puede que la causa de todos los esfuerzos fracasados que se describen anteriormente no haya sido una activa oposición. No obstante, el resultado en uno y otro caso fue el mismo que se dio en la reconstrucción del templo: la obra de Dios cesó, quedó incompleta.

CÓMO LOGRA SU OBJETIVO LA OPOSICIÓN

Podemos aprender, además, *cómo* la oposición logra que la causa de Dios se detenga. La reconstrucción del templo cesó porque la oposición «intimidó» y «atemorizó» a los judíos: «el pueblo de la tierra *intimidó* al pueblo de Judá, y lo *atemorizó* para que no edificara [...] hasta el reinado de Darío rey de Persia» (vers.ºs 4–5; énfasis nuestro). El temor y el desánimo son dos factores que pueden impedir que se haga la obra de Dios.

El temor

El temor puede impedir que cumplamos las tareas que Dios nos ha encargado que hagamos. Si viviéramos en un lugar donde fuera ilegal ser cristiano, por ejemplo, sería fácil llenarse de miedo. El resultado podría ser que dejáramos de trabajar para Dios. Hay otras clases de temor que también

nos pueden afectar. Podríamos tener miedo de que nos consideren extraños si predicamos una doctrina que sea impopular, y este temor podría impedirnos que hagamos lo que Dios desea. Podríamos ser como algunos de los dirigentes de los judíos que creían en Jesús, pero que no lo confesaban por temor de que fueran echados de la sinagoga (Juan 12.42–43). El temor de perder lo más querido para nosotros —nuestra familia, nuestra casa, nuestros amigos, nuestras posesiones, nuestra vida— podría impedir que nos entreguemos más enteramente a Cristo. (Vea Lucas 14.26–33; Mateo 16.24–25.) Fue el temor lo que hizo que el hombre de un talento enterrara su talento, y su inactividad lo llevó a ser condenado (Mateo 25.25–29). ¡Fue el temor lo que impidió que los israelitas entraran en la Tierra Prometida, e hizo que toda una generación vagara por el desierto hasta que murieron! (Vea Números 14.35.)

Sobre todo, es el temor de fracasar lo que a menudo nos impide que hagamos grandes cosas para el Señor. «¿Y qué hacemos si este proyecto no tiene éxito? ¿Y si yo fracaso? ¿Y si todo sale mal?». Estos son los pensamientos que a menudo nos impiden comenzar, o continuar la obra de Dios.

¿Qué necesitamos para superar el temor que a menudo nos paraliza? ¡Necesitamos más fe (Mateo 8.26)! Necesitamos creer que «para Dios todo es posible» (Mateo 19.26), y que «más son los que están con nosotros que los que están con ellos» (2º Reyes 6.16). Necesitamos tener confianza en que «si Dios es por nosotros», nadie puede prevalecer contra nosotros, y que nada «nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 8.31–39). Necesitamos entender que Dios «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Efesios 3.20). Cada uno de nosotros puede en efecto decir: «todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4.13). Si nos mantenemos centrados en Dios y Su poder, entonces el miedo que siembre la oposición no podrá derrotarnos en el trabajo que hagamos para Él.

El desánimo

Tal vez más debilitante que el temor es el desánimo. Es probable que, por cada vez que el temor impida que se termine la obra de Dios, el desánimo paralice al pueblo de Dios diez veces. Por ejemplo, comienza una buena obra en una congregación, digamos que es un programa de visitación, y que a este programa le va bien por un tiempo. Con el tiempo, sin embargo, el interés se

disipa hasta que solo quedan unos pocos visitando. ¿Qué les llega a pasar a estos pocos? Se desaniman, dejan de visitar, y se renuncia al programa antes que llegue a hacer mucho bien.

El desánimo siempre ha sido un gran problema para el pueblo de Dios. Tal vez el mejor ejemplo de un santo desanimado sea Elías, quien, después de conseguir una gran victoria sobre los profetas de Baal en el monte Carmelo, se dio cuenta de que no había hecho cambiar un ápice la política del gobierno (la política de Jezabel) para con Dios. Por el contrario, la reina Jezabel buscó la manera de matarlo. ¡Elías huyó, decepcionado, deprimido, derrotado, y con ganas de morirse! (Recuerde también el desánimo de Jeremías en Jeremías 20.7–9.) Si Elías podía desanimarse, ¡igual podría alguno de los santos de Dios de hoy día!

Debido a que Dios sabía que nosotros nos desanimaríamos, Él nos dijo frecuentemente en el Nuevo Testamento que nos animemos unos a otros (Hebreos 3.12–13; 10.25; 1ª Tesalonicenses 5.11, 14).

¿Cómo podemos evitar el desanimarnos tanto, que dejemos de trabajar? Hay dos sugerencias que parecen apropiadas:

1) Recuerde que las situaciones no son siempre lo que parecen. Este fue el mensaje que Eliseo le transmitió a su siervo cuando le dijo: «más son los que están con nosotros que los que están con ellos» (2º Reyes 6.16). Puede que a mí me parezca que no estoy logrando nada como predicador o maestro, pero puede ser que en realidad esté plantando semillas que darán fruto a ciento por uno. Puede que parezca que cierto esfuerzo es inútil, pero el tiempo puede revelar lo contrario.

2) Recuerde que usted está participando en una obra a largo plazo. Cuando llegamos a ser cristianos, no es para un período de tres o cuatro años que nos inscribimos; ¡es para toda una vida! Es con el tiempo que deberíamos esperar los resultados, no necesariamente ahora, ni al instante. Debemos acordarnos de que, aun si los resultados de nuestra obra para el Señor en esta vida son pocos, ¡podemos esperar con ilusión Sus palabras cuando nos diga: «Bien, buen siervo y fiel», y cuando vayamos a vivir con Él para siempre!

El fracaso humano

Fueron el temor y el desánimo los que le permitieron triunfar a la oposición de Judá, y lo que llevó a que se paralizara la obra del templo. Debemos entender que estos atributos fueron fracasos humanos. La reconstrucción del templo se paralizó, no porque el pueblo de la tierra, o el gobierno de Persia fueran más fuertes que el pueblo

de Dios, ni porque los dioses persas fueran más grandes que Jehová Dios, sino porque *el pueblo* se asustó y se desanimó. De un modo parecido, cuando nosotros nos rendimos por causa del temor o el desánimo, no es que Dios nos haya fallado, sino que nosotros le hemos fallado a Dios. El diablo no puede detener la obra de Dios; si lo hace es porque se lo permitimos, tal vez por medio de asustarnos, o de desanimarnos.

CONCLUSIÓN

Es una triste historia la que nos relata Esdras 4. El pueblo de Dios comenzó a reconstruir el templo, pero la oposición se levantó. Debido a esta oposición, los judíos se llenaron de temor y se desanimaron, y durante unos quince años la obra estuvo suspendida. El temor y el desánimo llevaron al fracaso. Por sí solo, este capítulo es

una historia de fracaso. No obstante, esta no es la última palabra de Dios sobre el tema. En el capítulo que sigue, veremos cómo la obra comenzó nuevamente, y por fin se le pudo dar término. Tal vez deberíamos anexar a esta historia de fracaso la siguiente verdad: Cuando estamos trabajando para Dios, ningún fracaso es el fin. Al final, de una u otra manera, en esta vida o en la otra, podemos conseguir la victoria. «Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8.37).

¿Cuántas grandes obras se han detenido porque el pueblo de Dios cedió al miedo y a la frustración? Lo que necesitamos es creer en el poder Dios y «no cejar en nuestro empeño». Esto es, debemos persistir y perseverar, por más oscuro que parezca el día, creyendo que, con el tiempo, ¡Dios dará la victoria! ■

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS